

Una aproximación al recurrente asunto de las competencias necesarias para la formación docente



An approach to the required competencies for teachers training

Francis Delhi Barboza Peña

francisdb1@hotmail.com

Francisca Josefina Peña Gonzalez

finapg@cantv.net

Universidad de Los Andes
Facultad de Humanidades y Educación
Escuela de Educación
Mérida, estado Mérida Venezuela



Artículo recibido: 04/01/2014
Aceptado para publicación: 11/04/2014

Este trabajo se inscribe dentro de un Proyecto de Investigación
Código: H-1472-13-04-B financiado por el CDCHTA.

Resumen

Se pretende una aproximación al recurrente asunto de las competencias necesarias para la formación académica, científica y práctica del docente, con el fin de que realice su trabajo de aula con eficacia y eficiencia. Permanentemente la labor del educador está sometida a procesos de cambio que se producen por motivos políticos, sociales, científicos y tecnológicos, que deberían llevarlo a reflexionar sobre su labor, para actuar en su clase exigiendo la tradicional memorización de los contenidos o permitir que los estudiantes los revisen, discutan, analicen y aprendan a mantener sus posturas personales sobre los contenidos que se estén tratando y así, convertirlos en los constructores de su propio aprendizaje desde su apreciación personal.

Palabras clave. Competencias, formación docente, formación docente.

Abstrac

This paper aims at approaching the recurring issue of the required competencies for academic, scientific, and practical work in teachers training. This will result in more effectiveness and efficiency in classroom work. Teachers' work is constantly subject to changes due to political, social, scientific or technological reasons. Thus, they could reflect on their work nature; whether to keep on teaching the traditional method of information memorization or to make students revise, discuss, analyze and learn how to hold their personal opinions about the contents under study, by allowing them to take control of their own learning processes from their own perspectives.

Keywords: Competencies, teacher training.

Introducción

En múltiples trabajos de investigación y artículos de información científica se habla sobre el docente y su formación. Se dan pautas para orientar su trabajo, se publican documentos oficiales, se investiga sobre la actuación del mismo en el aula, se obtienen resultados que podrían servir de orientación a otros profesionales de la docencia, pero lamentablemente no existe un seguimiento ni una guía que lo oriente sobre lo que tiene que decir, hacer o cambiar cada uno en un ámbito particular. La Universidad, como espacio de formación docente, debe tomar en cuenta esa responsabilidad, porque están egresando profesionales para actuar en una realidad educativa sometida al cambio.

Pero ¿acaso no se ha dicho mucho sobre la formación docente? Creemos que sí, pero aún falta numerosos aspectos por decir, pero más por hacer. En esta oportunidad, la intención es exponer algunas inquietudes que están presentes en quienes tenemos la responsabilidad de la formación de formadores, servir de tutores de tesis sobre un aspecto que se aprecia en la mayoría de las aulas y, en estas últimas, los resultados de las investigaciones plantean serias dudas sobre la formación docente, pero también sobre la vocación. Entonces, se planifican actividades sometidas a planes de formación, pero el problema continúa, aún en aquellas instituciones que han sido objeto de atención directa.

1. Consideraciones teóricas

No se desconocen los cambios que el ritmo acelerado del progreso de las tecnologías ha traído consigo, tampoco se desconocen los avances científicos de la psicología y la sociología, que ofrecen conocimientos sobre los cambios de comportamiento en los niños y jóvenes ni las teorías que orientan al docente y que le sirven de base para su trabajo de aula. Sin embargo, en el diario quehacer del docente pareciera que todos esos progresos no influyen en la práctica, pues desafortunadamente, sigue siendo el modelo tradicional el que aún predomina en algunas aulas.

Se ha criticado desde diversos ángulos los aspectos negativos de la enseñanza tradicional, con bastantes matices de la teoría conductista utilizada en el aula desde siempre. En contraposición a esta teoría, han surgido otras, entre ellas la constructivista; para este artículo nos interesa esta última, pero aún con los beneficios que ha aportado no se ha logrado, del todo, erradicar la enseñanza tradicional, en la que se observa que el sujeto de la educación es un ser pasivo, acríptico, receptor de conocimientos y repetidor al caletre.

Los contenidos memorizados, y se está de acuerdo con lo señalado por Rivas (2012), pueden ser evocados, pero al no disponer de su correlato con la realidad o a un saber asimilado, no podrán servir de base para el análisis y comprensión de un nuevo conocimiento. Se podría afirmar que se pierde de vista que el estudiante es la esencia de la enseñanza y el aprendizaje. Esta es una razón fundamental para escribir sobre un problema en el que predomina el silencio de los estudiantes, ante la presencia de un docente tradicional que exige la memorización antes que la comprensión de los contenidos, no toma en cuenta en su práctica de aula, los cambios de las teorías que sustentan una verdadera formación educativa. El papel que a los estudiantes les corresponde “es sólo el de archivar la narración o los depósitos que les hace el educador. De este modo, en nombre de la “preservación de la cultura y del conocimiento” no existe ni conocimiento ni cultura verdaderos” (Freire, 1998, p. 87).

De ahí que se presenta una aproximación a las competencias que debe conocer y llevar a la práctica un docente en su labor diaria que se apoya en la teoría constructivista, estas competencias, para Benavides (2002), permiten a las personas actuar eficazmente.

La Formación Docente ha sido materia de innumerables análisis y discusiones para determinar el perfil del profesional que se requiere en una sociedad inmersa en los cambios acelerados del siglo XXI. Pero las conclusiones de estos análisis y hallazgos no se ponen en práctica ni tampoco se discuten los resultados esperados de la formación y, más grave aún, no hay seguimiento de la práctica de aula. Pestana (2000, p. 36) acertadamente señala “se pretende que los contenidos de esa formación sean interpretados por el docente en su trabajo de aula y con sus alumnos, permitiéndole la reflexión sobre sus utilidades y posibles aplicaciones en el marco de la asignatura que imparte”.

Para lograrlo es necesario que haya desarrollado en sus estudiantes competencias que Vázquez Valerio (2010) las presenta como un conjunto articulado y dinámico de conocimientos, habilidades, actitudes, valores que toman parte activa en el desempeño responsable y eficaz de las actividades cotidianas dentro de un contexto determinado, porque en el mundo cada vez es más alto el nivel educativo requerido para participar en la sociedad y resolver problemas de carácter práctico de manera eficaz, así como realizar de la misma manera, cualquier actividad.

Las competencias no son más que las experiencias adquiridas, o los comportamientos que algunas personas dominan mejor que otras, las cuales las diferencian de cada individuo por sus aptitudes y sus rasgos de personalidad. El dominio de estas competencias hace a los individuos eficaces en una situación determinada y se han enfocado en la idea de que la experiencia, es el único medio de adquirir competencias no reconocidas por títulos. Es pertinente que en la escuela el docente tome en cuenta las características de las competencias nombradas. Para lograr lo anterior es necesario que la educación replantee su posición, es decir, debe tener presente las características de una competencia

que debería poseer cada docente, así por ejemplo el **saber hacer** (habilidades); **saber** (conocimiento) y valorar las consecuencias de ese **saber ser** (valores y actitudes).

Actualmente la noción de formación suele ser asociada a la capacitación, sobre todo a nivel profesional. La formación de una persona, por tanto, está vinculada a los estudios que cursó, al grado académico alcanzado y al aprendizaje que completó, ya sea a nivel formal o informal. Parte de esta educación suele ser obligatoria en muchos países y, en general, comprende los conocimientos necesarios para desenvolverse en la vida adulta, en el docente recae la mayor parte de esa formación.

Para Ferry (1991, citado en Dubois, 1993, p. 7) “la formación es un proceso de desarrollo individual tendiente a adquirir o perfeccionar capacidades. Capacidades de sentir, de actuar, de imaginar, de comprender y de aprender” y añade Dubois “de apreciar, de valorar”. Como la autora lo señala, la formación implica mucho más que la adquisición del conocimiento científico y técnico, necesarios para desempeñar un rol profesional en el desarrollo de la persona, del ser social, individual en todas sus potencialidades. Es necesaria una educación fundamental que contribuya al desarrollo de competencias amplias para la manera de vivir y convivir en una sociedad que cada vez es más compleja.

El formador de formadores podría transmitir a los estudiantes la necesidad de estructurar sus actividades según lo requiera el grupo que está bajo su responsabilidad. Para lograr este cometido es indispensable la formación en el **saber** y en cómo llevarlo a la práctica, esta competencia está estrechamente vinculada con el **saber hacer**, sin perder de vista la formación en el ser del formador, de la cual los estudiantes se ‘quejan’ ante las autoridades competentes sin ser oídos, y, menos aún, logran encontrar respuestas a su preocupación. Este caso se presenta con regularidad en estudiantes universitarios que lo explicitan con ‘temor’.

En todos los análisis y transformaciones que se han hecho al currículo de todos los niveles del sistema educativo, se han tomado en consideración los elementos que deben conformar su presencia y peso en el formación pedagógica del docente para un determinado nivel, como también las fuentes o factores que deben orientar la estructuración del currículo de formación (Barrion, citado en Bandres, 2011). Pero la realidad es otra, muestra que los cambios que se esperan no ocurren en la práctica, aún cuando en teoría se analizan, discuten y se llega a conclusiones en todos los aspectos nombrados.

Esta situación es intrínseca, ocurre dentro del “actual” docente en el aula, pero trasciende y se manifiesta en el comportamiento del estudiante en los siguientes niveles educativos. Éste siempre espera que el conocimiento aprendido de memoria esté presente en el momento en que lo necesite y no puede ser así, el conocimiento aprendido de memoria tiene poca permanencia en la memoria del estudiante, a menos que se tome el tiempo necesario para que piense, observe, analice, discuta, reflexione con el docente y sus compañeros sobre una determinada materia.

Esta manera de enseñar, en la que la discusión, reflexión e internalización de lo aprendido esté presente, es donde se aprecia la aplicación de la teoría constructivista, que permite al estudiante ser un constructor de su propio aprendizaje, así, ante cada nueva situación él podría poner en práctica sus conocimientos previos y su creatividad, si ha obtenido y desarrollado las competencias y ha sido orientado para hacerlo en su proceso de formación en los niveles anteriores.

Se ha tratado desde diferentes ángulos satisfacer la necesidad de un cambio del docente que exige la memorización de los contenidos y no permitir que sea el único evaluador, hacia un docente que sea un mediador, un acompañante en la tarea de aprendizaje y que ayude al estudiante a aprender a analizar, a comprender, a conocer el contexto estudiantil y socio político, reflexionar sobre sus propias ‘fallas’ en la tarea del aprendizaje, todo ello ajustado a los diferentes objetivos, sujetos, contextos y momentos.

Pareciera utópico lo dicho, pero se podría lograr con una formación docente ajustada a la realidad cambiante de cada estudiante, al tomar en consideración las diferencias individuales, porque el estudiantado no es una masa homogénea, en donde todo sirve para todos, por el contrario, como afirma Rivas (2012, p. 232) “Es una relación a dos voces que se escuchan y se hablan respetuosamente, también es una relación de escrituras y lecturas sabias”.

La transformación del estudiante no es generada automáticamente o por una fuerza externa de carácter impuesto, o como lo plantea Rivas (2012, p. 232):

Solicitada por el deseo ajeno, por la buena fe del profesor, exigida por mandato de la ley, o un requerimiento establecido por el currículo; eso no sería posible si antes el sujeto educable no ha sido invitado a aprender y a participar deliberadamente en/ de su acto transformacional.

Torres del Castillo (1998) señala que para lograr el perfil del docente es necesario que el formador de formadores lo tenga presente, porque es determinante en la formación de los futuros maestros y que se ha comprobado que si se cumplen las competencias deseadas, en lograr ese perfil, se ha formado el capital humano requerido.

Muchas de esas competencias están presentes en la teoría constructivista, así el docente debe centrarse no en términos de enseñar sino de lograr que los alumnos aprendan. Esta teoría, parece ser la recomendada, para servir de apoyo a los docentes de Instituciones Universitarias en las que se están formando los futuros maestros.

El docente se rige por un currículo, pero es recomendable que lo recree y lo reconstruya a fin de responder a las especificidades de la cultura de la sociedad, por el hecho de las diferencias existentes en todos los sentidos. Por ejemplo, en nuestro país existen ciudades en donde no hay museos ni bibliotecas, es conveniente, entonces, buscar alternativas de selección de contenidos y pedagogías más adecuados a ese contexto.

Universalmente se producen cambios vertiginosos en el campo de la ciencia, la tecnología, la política y lo social

que repercuten en la formación docente en el saber, en el saber hacer y en el ser del educador. Aprender a aceptar estos cambios se logra ayudando a los estudiantes a desarrollar cualidades consideradas indispensables para el futuro, tales como *aprender a conocer, aprender a hacer, aprender a vivir juntos y aprender a ser*, para ello y, esto lo consigue el docente al ayudar a sus estudiantes, futuros profesionales de la docencia, a desarrollar conocimientos, valores y las habilidades necesarios adaptando su pedagogía al grupo correspondiente. También a desarrollar su creatividad, receptividad al cambio y la innovación, versatilidad en el conocimiento, anticipación y adaptabilidad a situaciones cambiantes, capacidad de discernimiento, actitud crítica, identificación y solución de problemas.

Se trata de buscar, seleccionar y proveerse autónomamente de la información requerida para su desempeño como futuro docente que sea un mediador, un acompañante en la tarea de aprendizaje y que ayude al estudiante a transitar y a desenvolverse adecuadamente por la vida escolar y profesional.

Peña (2009, p. 77) acota que “sobre la base de lo que los avances tecnológicos han significado para los estudiantes, en el sentido de que la información está al alcance de todos y de que el conocimiento se construye individualmente” es recomendable que el docente guíe a sus estudiantes en la búsqueda y utilización de la información que la tecnología les ofrece. El inconveniente en este sentido no radica en proporcionarles las herramientas para hacerlo, el problema radica en el desarrollo de estrategias para “aprender a pensar, para hacer uso de criterios analíticos que ayuden a seleccionar la información, usarla adecuadamente y transformarla en conocimiento” (Peña, 2009, p. 77).

Por otra parte, se ha insistido en todos los niveles educativos en la integración familia-comunidad-escuela. Los tropiezos encontrados para lograrlo han sido muchos y son pocas las instituciones que lo han conseguido. En estas instituciones se ve el adelanto del niño o del joven que asiste a ella.

Conocer el ambiente sociocultural del momento, la procedencia del estudiante y el nivel para el cual se está formando, permite, en gran parte, orientar todo el proceso de enseñanza y aprendizaje. Se forman futuros educadores para una realidad nacional, sin detenerse en aspectos que podrían desviar la atención del profesor. Comprende, además, la cultura y la realidad locales, desde una pedagogía activa, basada en el diálogo, la vinculación teoría-práctica, la interdisciplinariedad, la diversidad y el trabajo en equipo.

No se desconoce que este es el perfil ideal al que debería dirigirse la formación para la docencia, pero, entre otras cosas, es responsabilidad de todo docente, en cualquier nivel educativo en el que ejerce su función, utilizar los recursos con que cuenta para lograrlo.

El formador de formadores se puede informar regularmente gracias a los medios de comunicación como el Internet y otras fuentes de conocimiento, tales como libros que llegan al mercado sobre los avances del hacer docente y so-

bre el acontecer mundial, a fin de ayudar a sus estudiantes en la comprensión de los grandes temas y problemas del mundo contemporáneo, pero para ello, es necesario que ese formador se acepte como ‘aprendiz permanente’ y se transforme en ‘líder del aprendizaje’, manteniéndose actualizado en los avances en sus disciplinas y atento a los avances en el campo educativo, en general; sin perder de vista que el al futuro docente comprenda que el conocimiento adquirido es para ponerlo en práctica y para compartirlo en el aula y no para su propio consumo.

Un docente con vocación es percibido por los estudiantes a la vez como un amigo y un modelo, alguien que les escucha y les ayuda a desarrollarse (UNESCO, 1996). No descartar las opiniones de los estudiantes sino atender a sus inquietudes, es provechoso dado que permite llevarlos a reconocer lo positivo y lo negativo en cada situación planteada en el seno de la misma institución, en la comunidad, o en la realidad nacional e internacional.

La existencia en los docentes de todas las competencias señaladas los llevan al dominio de lo que se necesita ser, saber, y saber hacer, de modo que, como indica Dubois (1993, p. 7) “la formación del docente, además, es la de alguien que tendrá a su vez la tarea de formar a otros, y en este caso el ser del docente como persona es tan fundamental como su saber como profesional”. Sería así la existencia de un docente ideal, apto para encarar el proceso de la enseñanza y el aprendizaje en el aula; capaz de conformar equipos de trabajo en la propia institución; preocupado por la integración familia-escuela; empeñado en resolver problemas y no sólo en juzgar y tomar posición ante lo correcto y lo que no lo es. La reunión de todas estas competencias, en un docente, garantiza la formación del futuro profesional de la docencia, que lucha por formar hombres y mujeres que más adelante serán los individuos que el país necesita: creativos, analíticos, capaces de tomar posiciones correctas en el acontecer nacional, aportar soluciones y trabajar en pro del progreso.

En relación a este aspecto, afirma Rivas:

Una docencia súbita desempeñada al margen de lo académico y despojada de la vocación y preparación académica y docente, se convierte en una intervención pedagógica sin trascendencia, porque carece de referentes teóricos y conceptuales, se hace azarosa, sin destino ni sentido, y, por tanto, será un desempeño motivado por la conveniencia personal y laboral. Finalmente se convertirá en un proceder fraudulento. (2012, p. 235).

El formador de formadores tiene que tomar en cuenta no sólo la información que imparte a los futuros docentes, que sería su formación en el saber; tiene además que preocuparse fundamentalmente de la formación en el *ser*. Para Dubois (1993, p. 7) considerar una formación en el *saber*, en el *hacer* y el *ser*, garantizaría “que la actitud del maestro sea del tipo deseada y se dirija, por lo tanto, a lograr el desarrollo de una actividad verdaderamente educativa”, que sea un futuro profesional de la docencia capaz de conducir niños y jóvenes hacia la formación de hábitos de lectura, a

interpretar, analizar y extraer sus propias conclusiones de lo leído y de lo que acontece en su realidad, ésta sería un maestro en el sentido más amplio del vocablo.

Como se habrá podido apreciar, en el desarrollo de este artículo, prepararse y preparar al profesional de la docencia en el saber implica una serie de acciones indispensables para lograrlo, por ejemplo, es fundamental prepararse en la asignatura que se imparte, conocer la metodología más apropiada a esa materia; conocer a fondo el proceso de la enseñanza y el aprendizaje involucrados en la apropiación y elaboración del conocimiento por parte de sus estudiantes.

Díaz Barriga y Hernández Rojas (1999) señalan que “el propósito central de la intervención educativa es que los alumnos se conviertan en aprendices exitosos, así como pensadores críticos y planificadores activos de su propio aprendizaje” (p. 3). No es fácil comprender el mecanismo mediante el cual estas estrategias puedan ser transferidas del formador de formadores al estudiante; entran en juego variados y complejos aspectos del estudiante, por ejemplo, su condición social y las influencias sociales que recibe, el período evolutivo en que se encuentra, sus conocimientos previos, además de sus lecturas y experiencias previas. Estos aspectos determinan, encubiertos en el estudiante o ampliamente demostrados, en gran medida, la disposición del formador para lograr la verdadera formación en el saber.

No está demás repetir lo que tanto se critica y se señala y que tiene que ver con la falta de vocación, es posible que muchos docentes ejerzan esta profesión porque no tuvieron cabida en otras carreras. Es fuerte decirlo y además comprenderlo, pero es fácil comprobarlo si nos acercamos al estudiante y al docente para observar la actuación en el aula. En contraposición, es oportuno señalar lo que expresa Rivas (2012):

Una docencia concebida sólo desde la vocación por la enseñanza tendrá como guía de conducción la intuición y la réplica internalizada de modelos pre-

elaborados desde la socialización pedagógica que comienza en la escuela primaria y el liceo. Acá la actuación se convierte en una intervención de buena fe y de bondadosas intenciones”. (Rivas, 2012, p. 234).

Conclusiones

Al releer cuidadosamente las competencias deseadas en un formador de formadores, surgen múltiples preguntas, entre ellas ¿están preparados los encargados de la formación de formadores en las competencias requeridas para que sea su actuación de calidad en el hacer del aula? Si no fueron preparados para ello es difícil que las hayan desarrollado. De ahí surge la necesidad de una actualización permanente, por esta razón se ha hablado, en otros artículos, de la necesidad de cursos, seminarios, talleres para los docentes responsables en la educación universitaria de formar a los futuros docentes.

Los adelantos de las tecnologías, a la vez que han sido muy beneficiosos para la formación docente, para el trabajo en el aula, para obtener información, también le exigen al formador de formadores orientación y guía para sus estudiantes para seleccionar y utilizar críticamente la información proporcionada por las diferentes tecnologías y otros medios de comunicación de masas.

Aún no se ha dicho todo lo que se requiere para la formación de un docente de manera integral; se sugieren competencias, se indaga sobre todo lo que se ha opinado, pero nunca puede darse este problema por acabado, siempre habrá alguien que pueda opinar sobre aspectos que se obvian y, además, permanentemente están ‘acosándonos’ los adelantos de la ciencia y la tecnología, lo que sí se puede afirmar categóricamente que la tendencia que sí es permanente es la búsqueda de las condiciones para la formación de un docente ideal, que converjan en él la vocación y la formación. ©

Autoras:

Francis Delhi Barboza Peña. Profesora Asociada de la Facultad de Humanidades y Educación, ULA, Mérida (Venezuela). Investigación y docencia: didáctica de la lectura y la escritura, Adquisición y desarrollo de la lengua escrita, tecnologías de la información y la comunicación TIC, integración familia-escuela. Miembro de la Comisión de Memoria de Licencia del Departamento de Educación Preescolar. Integrante del Grupo de Investigación en Lectura y Escritura (Gindile). Ha sido distinguida por los programas de reconocimiento del PEI-ULA; Premio CONABA y por el Programa de Estímulo al Investigador del Ministerio de Ciencia y Tecnología – PEI. Nivel B-2011.

Francisca Josefina Peña Gonzalez. Licenciado en Ciencias Económicas y Sociales (Universidad Complutense de Madrid). Dr. Ciencias Sociales (Universidad de la Laguna). Catedrático en la Facultad de Ciencias Económicas y Empresariales. Universidad de la Laguna.

Bibliografía

- Bandres, Eurídice. (2011). Formación docente: la clave para lograr un verdadero cambio educativo. En Formación docente [Libro en línea] Consultado el 10 de diciembre de 2013 en http://www.iesalc.unesco.org.ve/index.php?option=com_content&view=article&id=2768.
- Benavides, Olga. (2002). Competencias y conectividad. [Libro en línea]. Consultado el 13 de enero de 2014 <https://www.google.co.ve/#q=Benavides+2002&spell=1>.

- Díaz Barriga, Frida & Hernández Rojas, Gerardo. (1999). Estrategias docentes para un aprendizaje significativo. Una interpretación constructivista. México: Mc Graw Hill.
- Dubois, María E. (1993). Actividad educativa y formación del docente. *Lectura y Vida*, 14 (4), 3-6.
- Freire, Paulo. (1998). Pedagogía del oprimido. Montevideo-Uruguay: Siglo XXI Editores S. A.
- Peña González, Josefina. (2009). Sentido del aprendizaje de la lengua escrita para la sociedad de la información y el conocimiento. *Educere La revista venezolana de educación*. Año 13 (44), 75-82.
- Pestana, Nancy. (2000). Sobre formación docente y su concreción en la práctica. *Educere. La revista venezolana de educación*. Año 4 (10), 35-37.
- Rivas, Pedro. (2012). La docencia en la trascendencia: Una mirada desde la memoria y el saber. En Peña González Josefina & Cecilia Cuesta Cuesta. (Comps.) *Diversas miradas a la cultura escrita en la Universidad*, pp. 229-269.
- Torres del Castillo, Rosa María. (1998). Aprender para el futuro: Nuevo marco de la tarea docente. Madrid: Fundación Santillana.
- Vázquez Valerio, Francisco Javier. (2010). El alcance e importancia del rol de las competencias. [Libro en línea]. Consultado el 15 de enero de 2014 en <http://temas-gerenciales-modernos.lacoteleria.net/post/2010/08/24/el-alcance-e-importancia-del-rol-de-las-competencias>.



SOS paren a Venezuela un peligro para el imperialismo

Jorge Mier Hoffman

4/05/2014

Se iniciaba el año de 1997, cuando aún las cicatrices de la intentona golpista, del 4 de febrero de 1992, aún supuraban temor por una nueva rebelión militar que invocaba los principios bolivarianos, ante la malversación de unos recursos naturales que eran explotados por las transaccionales. Desde la muerte del Libertador habían transcurrido 162 años, durante el cual Venezuela había experimentado con 25 Constituciones, lo que significaba un promedio de una Constitución cada 6 años, lo que evidenciaba la falta de continuidad política, crisis institucional y malversación del erario público en manos de los partidos políticos. Es por esta razón, que durante ese gobierno del Dr. Rafael Caldera se prohibieron las Cátedras Bolivarianas en la Escuela Militar, se eliminaron las Sociedades Bolivarianas en las Escuelas, y el Pensamiento del Libertador sólo podía ser invocado en fechas patrias, con la correspondiente sanción disciplinaria para el militar que leyera esos libros prohibidos de Simón Bolívar. Como se puede ver, fue un mal momento cuando publiqué el Libro.

Un libro que mostraba el inmenso potencial económico de esta nación que fue bautizada por los invasores europeos como Tierra de Gracias. Riquezas infinitas que se conjugaban con el clima, la topografía y la naturaleza benigna, que alejó de sus fronteras todos los accidentes geológicos y climáticos que han devastado muchas regiones del planeta, ya que Venezuela no

Continúa en la pág. 358